

# EUGENIO MORALES AGACINO (1914-2002)

## UN NATURALISTA ESPAÑOL DEL SIGLO XX

José Luis Viejo Montesinos y Alberto Gomis Blanco (coordinadores). - Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2006. - D.L. M 43985-2006

### *CAPÍTULO 6*

## EUGENIO MORALES AGACINO Y LOS NATURALISTAS DE 1936

Santos Casado de Otaola  
Departamento de Ecología. Universidad Autónoma de Madrid

## Eugenio Morales Agacino y los naturalistas de 1936

La alusión que encabeza estas líneas a “los naturalistas de 1936” no pretende ser, conviene aclararlo de entrada, una nueva propuesta de caracterización generacional de ningún determinado grupo, ni aspira a tener vigencia alguna, más allá de la transitoriamente ligada a estas páginas, para asociar los nombres de Morales Agacino y de otros que se citarán con una fecha de tan triste memoria. Es simplemente un modo de identificar la especial problemática que supuso el desencadenamiento de la guerra para un conjunto de naturalistas, entonces en pleno crecimiento personal, intelectual y científico, independientemente de cuáles fueran los destinos que siguieran al término de la contienda. Destinos que iban a suponer su permanencia en España o su marcha a otros países, y su condición de perseguidos, tolerados o respaldados por los nuevos entornos políticos e institucionales en que les tocó proseguir su labor.

Que la guerra civil de 1936 a 1939 supuso una formidable ruptura para el desarrollo de la comunidad científica en España, prometedor en las décadas inmediatamente anteriores, es un tópico tan asentado que quizá no requiera mayor justificación. Baste aquí citar la afirmación publicada en tiempos recientes en una solvente panorámica sobre la historia de la ciencia española. “Ese esfuerzo sostenido de creación de un sistema científico-técnico se quebró en el momento en el que la polarización ideológica y las fracturas sociales arrastraron a la sociedad española a una contienda civil” (LÓPEZ-OCÓN CABRERA, 2003, p. 379).

Antes de continuar conviene advertir, sin embargo, que un análisis cronológico superficial sugeriría que Morales fue más bien un naturalista de la posguerra. Había nacido en Barcelona en 1914 y tenía, al estallar la guerra, tan solo veintidós años. Sin embargo, el conocimiento de su biografía muestra que su precocidad científica, típica de muchos naturalistas vocacionales, le permitió desarrollar una actividad significativa antes y durante la guerra, y que en esa etapa se encuentran ya las claves fundamentales de lo que iba a ser su labor posterior. De ahí que pueda afirmarse, en mi opinión, que “Morales fue quizá el último representante de las extraordinarias generaciones de naturalistas formados en la España anterior a 1936” (CASADO, 2005, p. 28).

### LA ESCUELA DEL MUSEO

Don Eugenio relataba cómo comenzó a acudir al Museo Nacional de Ciencias Naturales, en Madrid, todavía “de pantalón corto”. Su primer y decisivo encuentro, en 1931, fue con su Director, Ignacio Bolívar, y se refleja en el siguiente pasaje, que, al igual que todos aquellos donde no se indique otra cosa, está tomado de sus detalladas *Memorias de un español de a pie* (MORALES AGACINO, 1993-1997).

“Llegué al Museo, pregunté por el Sr. Director y le entregué la misiva [de presentación facilitada por Antonio Vila Nadal]. La leyó, me miró y con voz complaciente me preguntó si de verdad me gustaban los insectos. Dentro de mi natural turbación le indiqué que sí, que mucho y que me gustaría enormemente aprender más sobre ellos. Me indicó le siguiera y, dándome una vuelta por los laboratorios de Entomología, me dejó en el que estaba a cargo de don Fernando Martínez de la Escalera” (I, p. 29).

Llama la atención el paralelismo de esta iniciación con la que recordaba otro naturalista vocacional, en este caso fascinado por la aves, que estaba llamado a desempeñar un papel no menos relevante en las ciencias naturales de la España de la posguerra, Francisco Bernis Madrazo. Nacido en Salamanca en 1916, y por tanto dos años menor que Morales, Bernis ingresó en el Museo un poco después, y también por conducto de Bolívar.

“Mi padre le conocía y me llevó, de pantalón corto, al Museo, al despacho de don Ignacio, y dijo: Aquí traigo a este chico que le interesan mucho los animales y tal y cual. Entonces me dieron una tarjetita para entrar en el Laboratorio de Vertebrados” (CASADO, 2004, p. 31).

El componente vocacional queda subrayado por los escasos incentivos que desde el punto de vista social, económico y profesional, ofrecía por entonces la carrera científica en general y naturalista

en particular, lo que lógicamente preocupaba a las familias de estos todavía casi adolescentes. En el caso de Morales, tales preocupaciones por su “chaladura” se resolvieron con una entrevista de su padre con Bolívar, quien respaldó resueltamente a su joven pupilo, dejando “tranquila la antes bien atribulada conciencia de mi padre” (I, p. 29-30). En cuanto a Bernis, su familia, más precavida, insistió en que cursara la carrera de Derecho, que simultaneó con la de Ciencias Naturales (CASADO, 2004, p. 31).

Se acumulaban entonces en el Museo de Madrid las varias generaciones de naturalistas que habían hecho de las décadas finales del diecinueve y primeras del veinte una edad de plata de las ciencias naturales en España, paralela al florecimiento experimentado por otras ramas de las ciencias, las letras y las artes españolas. Podía hablarse, en particular, de una verdadera escuela del Museo, tomado el término en el sentido relativamente exigente que algunos historiadores de la ciencia han querido aplicar a las “escuelas de investigación” (MORRELL, 1972, GEISON, 1981, SERVOS, 1993), pues había allí “un grupo de científicos maduros persiguiendo un programa de investigación razonablemente coherente codo con codo con estudiantes avanzados, en el mismo contexto institucional e implicados en una directa y continuada interacción social e intelectual” (GEISON, 1981, p. 23).

Bolívar, jubilado de la cátedra pero activo en el Museo, representaba la continuidad del primer impulso modernizador, que databa nada menos que de los años del sexenio democrático, cuando en 1871 se había creado la Sociedad Española de Historia Natural, de la que fue uno de los fundadores. Formaba parte de la que a veces se ha llamado generación de los sabios, integrada por científicos nacidos hacia la mitad del siglo diecinueve, entre los que se contaban figuras de la talla gigantesca de Cajal o Torres Quevedo.

Hombres como Manuel Martínez de la Escalera, por no salir de la entomología, se hallaban en el tramo final de una carrera iniciada en los años en torno al cambio de siglo. Una especie de generación del 98 en la ciencia, que había colaborado en la labor de regeneración nacional puesta en marcha tras el desastre y que en el ámbito de la investigación se había plasmado en organismos oficiales como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907, en la que se integró el Museo como uno de sus centros más activos.

Finalmente, estaban quienes como Cándido Bolívar, entomólogo también e hijo del primero de los citados, representaban a los investigadores, en plena madurez personal y profesional, que formaban la vanguardia de una ciencia incipientemente consolidada y cada vez más cosmopolita, coetáneos de lo que en literatura se ha caracterizado como la generación del 27.

A ese Museo compendio de la edad de plata de las ciencias naturales en España llegan en los primeros años treinta Morales y Bernis como jovencísimos aprendices de naturalistas. El terreno está abonado. Colecciones nutridas, biblioteca surtida, especialistas competentes. Morales opta por la continuidad, formándose en la entomología de los ortópteros con dos grandes especialistas como los Bolívar, padre e hijo. Pero también quiere cubrir huecos de los que aún quedan, a pesar del florecimiento y el crecimiento científicos que se acaban de apuntar, en el panorama de la historia natural española. Así se interesará y se convertirá en un buen especialista en mamíferos, recogiendo el testigo que había dejado la máxima autoridad en la materia, Ángel Cabrera, al marchar a Argentina en 1925. De igual modo, Bernis cultivará su afición por la aves, un grupo que, contra lo que pudiera esperarse, carecía todavía en España de especialistas consumados, aparte de los trabajos más bien discretos de Augusto Gil Lletget y de la actividad del responsable de los vertebrados en el Museo, Luis Lozano, más interesado en los peces.

Otros jóvenes naturalistas entran por entonces en escena. Uno es Dionisio Peláez Fernández, nacido en Madrid en 1915. Un año menor que Morales, Peláez será su compañero de estudios y pronto íntimo amigo, hasta el punto de que se les unificó jocosamente bajo el apelativo colectivo de “Perales” (I, p. 31). Peláez ingresa también en los laboratorios de entomología del Museo y se especializa en hemípteros, grupo dentro del cual elegirá la familia de los membrácidos, de distribución fundamentalmente tropical y americana, síntoma de un proceso de mayor especialización y de ampliación de horizontes que acompaña a la fase de incipiente madurez de la historia natural

caracterizada en los párrafos anteriores. En concreto, Peláez inició su labor de investigación original con membrácidos africanos, procedentes de expediciones científicas españolas en torno al golfo de Guinea (GONZÁLEZ BUENO & GOMIS BLANCO, 2001, p. 257). Otro grupo de insectos hasta entonces poco conocido que se benefició de la entrada de jóvenes entomólogos en el Museo fue el de los colémbolos, objeto de especialización de Federico Bonet Marco (HALFFTER, 1970), quien, aun siendo varios años mayor que Morales, pues había nacido en 1906, también puede agruparse junto con este y Peláez entre la última hornada de discípulos de los Bolívar en Madrid.

Por supuesto, había también vocaciones naturalistas fuera del ámbito de la entomología y de las paredes del Museo. El futuro catedrático y paleontólogo Bermudo Meléndez, nacido en 1912, el estudiante nacido en 1918 Pedro Montserrat, que iba a ser una de las máximas autoridades en la flora y la vegetación ibéricas, o el adolescente de la quinta de 1919 Ramon Margalef, aficionado a la recolección y el estudio de organismos acuáticos y luego llamado a ser el fundador de la moderna ecología en Cataluña y en España, son solo algunos de ellos.

1936

Dadas sus fechas de nacimiento, en torno a 1915, resulta lógico suponer que para naturalistas como Morales, Peláez o Bernis el estallido de la guerra Civil en julio de 1936 interrumpió el desarrollo de sus carreras científicas justo en el momento crítico de terminar su formación como estudiantes universitarios. Y así fue, en efecto, como ahora se verá. Sin embargo, el examen de sus posteriores trayectorias permite afirmar que para entonces, y gracias a su precocidad, en todos ellos se hallaba ya fijado lo que podría llamarse el “código genético” de sus programas de investigación como naturalistas, tomando prestada una metáfora que el crítico e historiador del arte Rafael Santos Torroella aplicó a la etapa de formación de otro contemporáneo suyo, el pintor Salvador Dalí. A la altura de 1936 Morales había publicado ya una docena larga de notas y trabajos de investigación sobre ortópteros y mamíferos en distintas revistas científicas, logro notable para su por entonces corta edad. Igualmente, Peláez había dado a conocer los primeros frutos de su especialización entomológica en hemípteros en algunos artículos publicados en 1935 y 1936. Y Bernis, aun más joven, había iniciado también su currículo como publicista científico antes de la guerra, con un trabajo ornitológico que apareció en 1933, cuando solo contaba dieciséis. En el verano de 1936 recogió los datos para continuar aquel primer estudio, aunque esta vez su publicación hubo de demorarse hasta 1945 (BERNIS MADRAZO, 1945).

Cuando estalló la guerra, al acabar el curso de 1935 a 1936, a Morales le quedaban todavía un par de asignaturas pendientes para acabar la licenciatura en Ciencias Naturales. La guerra le sorprendió en Madrid, de modo que hubo de permanecer en el lado republicano durante todo su desarrollo. Ello le acarreó algunas complicaciones, dado que tanto por ambiente familiar como por convicciones personales su obligada participación en el ejército republicano no fue muy entusiasta. Fue incluso detenido y hacia el final de la guerra pasó algún tiempo en cárceles y batallones disciplinarios. Aun así, su cercanía con los Bolívar y con otros científicos del Museo de marcado signo liberal o izquierdista, que acabaron exiliados a partir de 1939, parece que fue razón suficiente para que, una vez acabada la guerra, algunos elementos del bando vencedor le persiguieran.

“Una buena mañana me encontraba enfrascado en el laboratorio nº 32 del Museo, clasificando unos insectos, cuando de pronto irrumpen en él tres falangistas que me interpelan con dureza e insultos y me ordenan abandonar de inmediato el Museo. Yo me niego en rotundo, forcejeo con ellos y caigo al suelo, me levanto y me encuentro encañonado por un par de pistolas. Ante esta insólita amenaza no me queda otro remedio que abandonar el local y dirigirme a mi domicilio” (II, p. 6).

No solo le expulsaron del Museo, también le impidieron durante algún tiempo examinarse de las asignaturas que le faltaban para obtener el título de Licenciado, dificultando así gravemente el desarrollo de su carrera científica.

Bernis, por su parte, estaba a falta de un curso para terminar sus estudios de Ciencias Naturales cuando comenzó la guerra en el verano de 1936. Acababa de marchar de vacaciones a una finca

familiar en la provincia de Salamanca, de modo que quedó en el lado de los nacionales y al cabo de un tiempo fue movilizado. El hacer la guerra, debido a este azar, en el bando que finalmente resultó vencedor seguramente facilitó que, una vez acabada la contienda en 1939, pudiera finalizar sus estudios sin nuevas demoras.

“Volví otra vez a la Universidad, por cierto en unos cursillos que llamaban cursillos patrióticos, que, para ganar tiempo, en lugar de hacer un curso entero hacías dos o tres meses. Y así acabé la carrera de Ciencias Naturales” (CASADO, 2004, p. 33).

Igualmente, Dionisio Peláez tomó parte en la contienda, pero en su caso como soldado del ejército republicano, al que se incorporó voluntariamente en Madrid, aun sin tener una militancia política definida (PELÁEZ, 1996). Estudiante aplicado y precoz, él sí había podido finalizar su licenciatura antes de que la guerra estallase (PELÁEZ, 1996), lo cual le resultó muy conveniente, pues de otro modo no hubiera podido acabar sus estudios, al menos en España. Tras la derrota pasó a Francia, donde, como tantos otros, estuvo internado en un campo de concentración. Se refugió después en un hospital vinculado a un convento, siempre en el sur de Francia, donde lo localizó su antiguo maestro y ahora protector Cándido Bolívar, quien lo llevó consigo al exilio en México, a donde llegaron en julio de 1939 para una estancia fuera de su país que acabó siendo definitiva (CASADO & GOMIS BLANCO, 1998).

Hubo así una combinación de vinculaciones políticas objetivas, a menudo muy tenues, dada la juventud de los implicados y su dedicación preferente a empeños científicos, con las circunstancias azarosas que rodearon a cada uno en el inicio y durante el desarrollo de la guerra. En este contexto histórico, tales contingencias amplificaron mucho su efecto en la medida en que fueron condicionantes o limitantes del posterior desarrollo profesional y científico de estos naturalistas. Lamentablemente, en algunos casos las consecuencias fueron algo más que una limitación. Sadí de Buen, médico parasitólogo experto en insectos vectores de microorganismos patógenos, era hijo del eminente biólogo, y conspicuo republicano, Odón de Buen. Tenía poco más de cuarenta años cuando en 1936, durante un viaje por Andalucía, fue detenido por elementos del bando nacional y después fusilado (BARATAS, 1998, p. 165). Más joven era el farmacéutico y botánico Miguel Martínez, que había publicado sobre farmacología, taxonomía vegetal y fitosociología. Acusado de falangista, cayó detenido en Madrid por milicianos de organizaciones de izquierdas y, a pesar de las gestiones del también botánico y militante de Izquierda Republicana José Cuatrecasas, fue asesinado poco después (CASADO DE OTAOLA, 1997, p. 429).

#### DE NECESIDAD VIRTUD

Acabada la guerra, y una vez obtenido el título de Licenciado en Ciencias Naturales, Francisco Bernis siguió la frecuente ruta profesional de ingresar en el profesorado de enseñanza secundaria, en su caso con destino en Lugo, a la espera de lograr una cátedra universitaria, lo que logró en 1956, cuando ganó por oposición la plaza de Catedrático de Zoología de Vertebrados en la Universidad Central. Bajo esta aparente normalidad se esconden las dificultades que Bernis hubo de superar. En un principio Bernis optó por la botánica como rama para su profesionalización como investigador, tal como muestra su tesis doctoral sobre las plantas del género *Armeria*. Contó para ello con ciertas facilidades por parte de Arturo Caballero, Catedrático de la Universidad Central y Director del Jardín Botánico de Madrid, aunque próximo a la jubilación. Sus planes botánicos chocaron sin embargo con la falta de apoyo de los nuevos dirigentes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organismo creado por el régimen franquista bajo el que ahora se encuadraban el Jardín Botánico y el Museo, entre muchos otros centros. “Yo era un desconocido”, recordaba Bernis (CASADO, 2004, p. 33).

Cuando Bernis se propuso más tarde la obtención de la Cátedra de Zoología de Vertebrados, que coincidía con su inicial y persistente interés científico por las aves, lo hizo de nuevo sin apenas respaldo del establishment académico, aprovechando un cierto vacío en esta área. Su condición de outsider se refleja bien en el hecho de que en 1954 Bernis había fundado la Sociedad Española de Ornitología como asociación científica organizada en torno a una base no tanto académica y profesional sino más bien de aficionados a las aves y amantes de la naturaleza (FERNÁNDEZ, 2004, pp.

85-96). La SEO, que como sociedad especializada en una rama de la historia natural casi no tenía precedentes en España, alcanzó pronto notoriedad y relevancia, pero solo a partir de 1956, al convertirse en Catedrático, gracias a sus innegables méritos y a su brillante concurso en la oposición, pudo Bernis poner el ámbito privado y voluntario de su asociación ornitológica bajo el amparo institucional de la universidad (FERNÁNDEZ, 2004, p. 110).

En el caso de Eugenio Morales Agacino la imposibilidad, por las causas que se apuntaron más arriba, de completar su licenciatura, situación que se prolongó hasta 1948, condicionó fuertemente sus posibilidades de desarrollo científico y profesional, empujándole hacia la aplicación de sus conocimientos entomológicos en ámbitos técnicos y en particular agronómicos. Su juventud, su temperamento pronto a la acción, su formación como naturalista de campo en la escuela del Museo, y su experiencia viajera, pues no en vano había participado ya en 1932 en una expedición científica a Marruecos e incluso había figurado en la que el Gobierno de la República proyectó sin éxito enviar al Amazonas, le convertían en el candidato ideal para las campañas de reconocimiento que en 1941 se decidió hacer en el entonces Sáhara Español para abordar el problema de la langosta. Para esta misión Morales contaba con la libertad, forzosa si se quiere, que le daba su precariedad profesional y, por supuesto, con su condición de experto en ortópteros, como discípulo directo de uno de los ortopterólogos más importantes del mundo, Ignacio Bolívar. Hay que recordar, de todos modos, que Bolívar se había exiliado a México en 1939 y se hallaba desde entonces silenciado en su patria.

Fue así como, a lo largo de la década de 1940, Morales realizó varios viajes y expediciones, en buena parte a lomos de camello, recorriendo ampliamente el Sáhara Occidental, amén de visitar otros puntos en Ifni, Marruecos, Argelia y Mauritania y de acudir a reuniones técnicas y científicas. Abarcó todo lo relativo a la langosta, pero no dejó de aprovechar para realizar otras investigaciones sobre insectos y para recuperar su interés por los mamíferos, capítulo en el que, como es bien sabido, destaca su sensacional descubrimiento a finales de 1945 de la mayor colonia conocida de foca monje en unas cuevas litorales de la península de Cabo Blanco, en el extremo sur del territorio saharauí (MORALES AGACINO, 1998). Durante esos años Morales se convirtió, de este modo, en un experimentado viajero por los desiertos del África noroccidental y en una autoridad en la langosta. Todo ello le llevó a ser contratado por la FAO en los periodos de 1951 a 1955 y de 1967 a 1968, destinado respectivamente a América Central e Irán, regiones ambas con problemas de langosta, alejando cada vez más su carrera profesional, original y en algunas etapas fascinante, de los caminos trillados de la vida académica del docente o el investigador.

En cuanto a Dioniso Peláez es obvio que la circunstancia de su exilio político a México marca abruptamente un antes y un después en su carrera científica. Sin embargo, el hecho de exiliarse junto con un nutrido contingente de científicos en general y de naturalistas en particular, entre los que se encontraban sus maestros Ignacio y Cándido Bolívar, su compañero Federico Bonet y otros significativos investigadores del Museo, hace que la trayectoria de Peláez a partir de 1939 tenga, paradójicamente, elementos de continuidad que faltan en las de algunos de sus colegas que quedaron en España. De hecho, su especialización en hemípteros membrácidos encontró en México, donde estos insectos son más abundantes y variados que en España, un campo de aplicación mucho mayor, tal como muestran los nuevos trabajos que publicó sobre este grupo a partir de 1941 (GIRAL, 1994, p. 151).

Cierto es que para ganarse la vida Peláez hubo de aplicar, de la mano de Cándido Bolívar, su formación entomológica a trabajos de tipo aplicado, concretamente en la lucha contra enfermedades parasitarias transmitidas por insectos, como el paludismo y la oncocercosis. Bolívar había conseguido que se incluyese a Peláez en la invitación que recibió del Departamento de Salubridad Pública mexicano para trabajar en investigaciones sobre la oncocercosis en el sur del país y así fue como ambos pudieron trasladarse a México con su situación laboral provisionalmente resuelta (CASADO & GOMIS BLANCO, 1998, p. 60). A partir de ahí, Peláez se fue consolidando profesionalmente en el ámbito de la parasitología, como investigador y docente en el Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Comisión Nacional para la Erradicación del Paludismo (GIRAL, 1994, p. 151). Pero en el grupo de naturalistas españoles, al menos en una primera etapa, alentaba el

ánimo de reconstruir el trabajo de investigación básica que había caracterizado el programa científico del Museo, aunque trasladado lógicamente de España a México.

Un ejemplo es el proyecto presentado en 1940 por dos naturalistas exiliados, Enrique Rioja y Cándido Bolívar para formar una “Colección Biológica Mexicana” (CASADO, 1999, p. 483), en cual se planteaba la posibilidad de que “los naturalistas españoles residentes en México” pudieran “contribuir a formar colecciones de plantas y animales” para reunir “una colección verdaderamente nacional, tal como la del Museo de Washington o la del British Museum, a disposición de todos los investigadores de la nación”. Resulta obvio que esta idea suponía algo bastante parecido a intentar reconstruir en México la actividad científica que en España habían venido desarrollando los naturalistas, especialmente cuando se afirma que están “todos ellos capacitados plenamente para desarrollarla ya que durante largos años ha sido la fundamental misión que han desempeñado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y en el Jardín Botánico de Madrid”, aunque se pone cuidado en aclarar que, en todo caso, “habrían de ser ayudados por naturalistas mexicanos que colaborasen en sus tareas de recolección, preparación y estudio”. Y no solo se advierte el intento de trasplantar un programa de investigación sino también la voluntad de reconstruir grupos de trabajo. El “personal científico español” que podría participar en el proyecto estaría formado, según la propuesta, por Cándido Bolívar, Enrique Rioja, Faustino Miranda, Fernando Martínez de la Escalera, Enriqueta Ortega, única que no había trabajado previamente en el Museo o el Jardín Botánico, y, por supuesto, Dionisio Peláez.

Con motivo de su contratación por la FAO para estudiar los problemas de plagas agrícolas de langosta en América Central, Eugenio Morales viajó el 11 de mayo de 1951 a la Ciudad de México.

[...] ya puede más de uno figurarse la cara de asombro y alegría que ofrecía cuando vi en el aeropuerto y atento a mi llegada al entrañable compañero de Universidad y Museo, Dionisio Peláez Fernández, quien junto con algunos alumnos suyos se encontraba allí en espera de que nos diéramos un fuerte abrazo” (II, p. 63).

Habían pasado quince años desde que se vieran la última vez. Pareciera que este improbable encuentro quisiese mostrar la tozuda perseverancia en sus empeños de ambos naturalistas, tan próximos una vez, para, por encima de un destino que los había alejado tanto, volver a hallar un punto de encuentro entre sus itinerarios vitales y profesionales, unidos por una invisible relación en la distancia.

Aún le dio la vida otra reparación a Eugenio Morales, respecto a las oportunidades de las que la contingencia histórica le privó, cuando en 1998 la Universidad Autónoma de Madrid, gracias a los buenos oficios de algunos profesores, entomólogos y genetistas con los que había colaborado en la década de 1980 (VIEJO, 1998), le concedió un doctorado honoris causa, otorgado en solemne acto el 5 de junio de ese año, que venía a suplir el que en otras circunstancias hubiera sido la lógica consecuencia del normal desarrollo de su formación universitaria.

## CONCLUSIÓN

Peláez falleció en la Ciudad de México en 1998. Pocos años después, en Madrid, fallecieron Morales, en 2002, y Bernis, en 2003.

Antes de cerrar este ensayo me gustaría declarar los dos motivos esenciales que lo informan y que, aunque a estas alturas creo que serán evidentes, no han sido todavía explicitados. El primero es el de ensayar, en el dramático contexto histórico de la guerra de 1936 y sus consecuencias, una dimensión interpretativa más trasversal y humana, que trascienda, aunque evidentemente sin negarla, la dicotomía entre vencidos y vencedores, republicanos y nacionales, exiliados y no exiliados.

El segundo es, como se habrá adivinado, el de rendir afectuoso homenaje a Eugenio Morales Agacino, aprovechando la pertinente iniciativa y el amable ofrecimiento de José Luis Viejo y Alberto Gomis, a quienes agradezco la oportunidad que de este modo me han dado de corresponder con esta

aportación, que pretende ser también en parte una rememoración y una reivindicación, a lo que en su momento recibí de la memoria, la cordialidad y el buen humor de don Eugenio.

#### BIBLIOGRAFÍA

BARATAS, A. 1998. Las armas y las ciencias: la ciencia española ante la guerra civil. *In: Un siglo de ciencia en España*. SÁNCHEZ RON, J. M. (Edición). 158-171. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid.

BERNIS MADRAZO, F. 1945. Aves de Ledesma. Con algunas consideraciones sobre la Avifauna ibérica. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, **43**: 93-145.

CASADO DE OTAOLA, S. 1997. *Los primeros pasos de la ecología en España*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid.

CASADO, S. 1999. ¿Nueva España en el Nuevo Mundo? Los naturalistas del exilio. *In: Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas*. 481-499. El Colegio de México. México, D. F..

CASADO, S. 2004. Francisco Bernis, memoria de un ornitólogo. *Quercus*, **218**: 30-35.

CASADO, S. 2005. Por montañas y desiertos africanos con Eugenio Morales Agacino. *Quercus*, **227**: 28-35.

CASADO, S. & GOMIS BLANCO, A. 1998. Cándido Bolívar (1897-1976). Avance para una biografía pendiente. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, **31**: 51-67.

FERNÁNDEZ, J. 2004. *50 años en defensa de las aves. Sociedad Española de Ornitología (SEO) 1954-2004*. SEO/BirdLife. Madrid.

GEISON, G. L. 1981. Scientific Change, Emerging Specialties, and Research Schools. *History of Science*, **10**: 20-40.

GIRAL, F. 1994. *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*. Anthropos. Barcelona.

GONZÁLEZ BUENO, A. & GOMIS BLANCO, A., 2001. *Los naturalistas españoles en el África Hispana (1860-1936)*. Organismo Autónomo Parques Nacionales Madrid.

HALFFTER, G. 1970. Biografía. Federico Bonet Marco. *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas*, **17**: XV-XXII.

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. 2003. *Breve historia de la ciencia española*. Alianza. Madrid.

MORALES AGACINO, E. 1993-1997. *Memorias de un español de a pie*. Documento multicopiado, Madrid.

MORALES AGACINO, E. 1998. Recuerdos de un naturalista en el desierto. *In: Discursos de investidura de doctor "honoris causa" de los profesores Eugenio Morales Agacino, Lynn Margulis y Peter David Townsend*. 15-29. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

MORRELL, J. B. 1972. The Chemist Breeders: The Research Schools of Liebig and Thomson. *Ambix*, **19**: 1-46.

PELÁEZ, D. 1996. Comunicación personal.

SERVOS, J. W. 1993. Research Schools and Their Histories. *Osiris*, **8**: 3-15.



VIEJO, J. L. 1998. *Laudatio* del Profesor Eugenio Morales Agacino. In: *Discursos de investidura de doctor "honoris causa" de los profesores Eugenio Morales Agacino, Lynn Margulis y Peter David Townsend*. 5-13. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.